

dad desde lejos, paró Hinestrosa su caballo, y dirigiéndose á la huérfana, dijo: "Yo hubiera podido permanecer en Calahorra sin nota de infamia, porque mis sufrimientos y mis años me hacen inútil para el servicio de D. Pedro; pero una vez llegado á Burgos, tengo el deber de presentarme ante mi rey y mi señor para referirle cuanto he visto." ¿Y qué habeis visto, señor alcaide?" preguntó la huérfana. "He visto la entrada triunfal de D. Enrique en Calahorra; he visto su proclamación, sus caballeros y su hueste," contestó el alcaide. Esta tarde llegamos, añadió la huérfana á la ciudad de Burgos, y mañana al amanecer podréis referir á D. Pedro cuanto llevais manifestado. Pero exijo una condicion. "Manifestádmela, señora." "No pronunciaréis jamas mi nombre en la presencia del monarca, ni sabrá circunstancia alguna que pueda tener relacion con mi permanencia en la ciudad." "Estoy tan interesado, Doña Inés, replicó Hinestrosa, en que el rey D. Pedro no trasluzca vuestra permanencia en la ciudad, que no pronunciarán mis labios una sílaba que pueda inspirarle sospechas." "Estamos convenidos, D. Lope." Los viajeros picaron de nuevo, y muy pronto la ciudad de Burgos los vió penetrar por sus puertas.

Así que se hubieron alojado llamó la huérfana al buen paje, y le manifestó su proyecto de presentarse al rey D. Pedro de una manera inesperada; para lo que era necesario conocer bien todo el interior del palacio, y saber las horas mas oportunas para encontrar solo al monarca.

Al entrar en Burgos habia tenido el paje un mal encuentro, ó para hablar con propiedad, una mala vista. Habia consistido esta, pues, en haber descubierto á Fortun, que con su amigo Garcí-Díaz se pavoneaba lindamente. Enrique profesaba á ambos un odio tan inextinguible, como justas eran las causas que se lo habian hecho concebir. En el primer rapto de ira puso las piernas al caballo para lanzarse sobre ellos; y hubiéndolo pasado muy mal, si una reflexion repentina no hubiera hecho conocer al paje que su escándalo comprometeria la persona de Doña Inés y los intereses del conde. Esta reflexion poderosa le contuvo, y la confianza de Doña Inés le hizo concebir un proyecto, bastante opuesto á su carácter y á su ardiente sed de venganza, pero que podia dar resultados muy inmediatos y seguros.—¿Qué me respondes, buen Enrique! volvió á preguntarle la huérfana.

—Mucha resolucion ha de tener la cervatilla que vaya á provocar al leon.

—Estoy resuelta, amigo mio.

—Os estimo tanto, Doña Inés, que preferiria cerrar en campo con diez ballesteros del rey, á ver en peligro vuestra persona.

—Agradezco tu buen deseo; pero no puedes tú cumplirle, ni adelantamos con él nada. Quiero penetrar en palacio. ¿Qué medio juzgas oportuno para conseguirlo?

—Uno solo. Pero sufriré tanta violencia, que si quisierais desistir....

—Habla, Enrique. ¿Cuál es el medio que tú juzgas tan adecuado?

—He visto á Fortun.

—¿Al montero que nos vendió villanamente?

—El mismo. Y sin el temor de dar un escándalo que comprometiese nuestra causa, ya me habria pagado su deuda, si pagar puede toda la sangre de un infame la del infante mi señor.

Gruesas lágrimas se desprendieron de los ojos del jóven paje: los de Doña Inés estaban secos, mas eclipsados y radiantes.

—Veré, añadió el paje, á Fortun. Seis años, el sol y las barbas han hecho cambiar á mi rostro: no me conocerá y hablaremos. Aplazo, señora, mi venganza, para tomarla mas segura.

—Vé, Enrique, yo tendré que verle y me violentaré como tú: yo tendré que ver á D. Pedro, y me violentaré mas que tú.

El paje no repuso palabra y se dirigió hácia el palacio. Penetró en el patio fácilmente, y por su buena dicha el primer balletero que halló era Fortun, que con su mal aire y desaliño se hubiera distinguido entre ciento. Enrique no vaciló un instante, y cogiéndole por el brazo le dijo:

—Señor balletero, ¿cómo se encuentra el viejo lobo bajo esa camisa de escamas?

Fortun miró al paje fijamente: se pasó la mano por la barba, se dió dos golpes en la frente, y contoneándose con impertinencia le respondió:

—Señor capitan, pues tal pareceis por lo apuesto, no os conozco.

—Debírais tener mas memoria, amigo Fortun. Cuando fuiste herido en Ateca, ¿quién te hizo curar, quién te cuidó?

—Quizá los médicos de Cristo; pero yo, señor, no los recuerdo. Me sacudieron tan de firme, que se fué mi cabeza á pájaros.

—Yo estuve á tu lado, Fortun; y yo te he salvado la vida.

Fortun se cuadró con mal aire, pero con profundo respeto. Despues añadió:

—Eso es muy serio. Cuando un cazador cose á un lebré la piel que el jabalí le ha roto, el perro no olvida el favor y le paga lo mejor que puede. Si me habeis salvado la vida, disponed de ella como os plazca. ¿Queréis alguna cosa del soldado?

—Puede ser que te necesite.

—Pues hablad, señor. Estoy pronto.

—¿Cuál es tu ejercicio en palacio?

—Hacer centinela de noche, durante el sueño de D. Pedro, en la puerta de su aposento.

—¿Y estás solo?

—Con Garcí-Díaz. ¿Le conoceis?

—Sí le conozco.

—Durante las primeras horas velo yo, mientras Garcí duerme: durante las segundas, él vela para que descansen Fortun.

—No es considerable el trabajo. ¿A qué hora comienza tu guardia?

—A las diez, para terminarse á las dos.

—Pues escucha una confianza. Una dama muy

CAPITULO IX.

Al alma ofrecen las sombras
Que oscurecen mis horóscopos,
Ilusiones, si los huyo,
Realidades, si los toco.

J. B. SANDOVAL.

distinguida desea hablar contigo á las doce: tú no puedes abandonar la guardia.

—De ningun modo.

—Pues la dama vendrá á buscarte.

—¿Y si la sorprenden?

—En ese caso se presentará al rey D. Pedro, y nada tienes que temer.

—Tiene su alteza algunas vueltas.

—Eso nada importa, Fortun. A las doce vendrá la dama, y la tratarás cortesmente.

—¿Vendréis con ella?

—No lo sé.

—Pero señor....

—Es un favor que al perro herido pide el cazador....

—Bien está.

El paje le apretó la mano de una manera tan espresiva, que lanzó un gemido el montero, y quedó diciendo entre dientes: "El señor capitan aprita como unas tenazas de herrero."

—¿Qué has conseguido, amigo mio? preguntó la huérfana á Enrique al verle entrar en su aposento. Enrique dió parte á la dama de su entrevista con Fortun.

—¡Oh! exclamó Doña Inés gozosa, ¿cuánto tardan en llegar las doce!

—¿Y consentirá que paseis hasta el dormitorio del rey?

—Dios me protegerá, buen paje.

A las doce llegaba Doña Inés al palacio del rey D. Pedro, acompañada por Enrique: el paje se quedó en el patio, y ella subió hasta la antecámara. Fortun paseaba á lentos pasos: Garcí dormia profundamente.

—¿Quién vá? preguntó Fortun á la huérfana, que con rapidez se acercaba.

—Soy yo, respondió Doña Inés, acercándose al balletero.

—¿Doña Inés Sanchez de Avendaño!

—Silencio.

—Pero qué mudada estais, señora.

—Tú has sido la causa.

El balletero bajó los ojos.

—¿En dónde está el rey? preguntó la huérfana.

Fortun señaló con el dedo.

—¿Está durmiendo?

El balletero bajó la cabeza, haciendo señal afirmativa.

—Quiero verle.

—¿Vais á matarle?

—¿Soy yo asesino como él?

Fortun habia sujetado á la huérfana por el manto.

—Déjame verle, balletero.

—¿Me jurais no hacerle daño alguno?

—Te lo juro por Dios y por mis padres.

Pasó Doña Inés al dormitorio. Todo lo demas lo saben ya los benignísimos lectores.

No se mostraron perezosos los caballeros convocados, y á la media hora de la cita estaba reunido el consejo. Ocupaba un lugar inmediato á la persona del monarca D. Fernando de Castro, que como hermano de Doña Juana, dama con quien se habia desposado D. Pedro, como en otro lugar referimos, gozaba de grande privanza, y era acatado en el del rey de ambas Castillas. Llegado el momento de hablar, tomó la palabra el primero, y dirigiéndose á Hinestrosa, le instó á que esplicase nuevamente cuanto habia referido al monarca.

Con extraordinaria sangre fria, con admirable precision y con natural dignidad, les fué refiriendo D. Lope cuanto habia visto en Calahorra, y contado momentos antes á su rey y señor D. Pedro.

Hinestrosa estaba ofendido de algunas palabras algo duras que le habia dirigido el monarca en su conferencia anterior; y así terminó su relato sin añadirle reflexiones y sin recomendar partidos. Los caballeros le escucharon con notable atencion y alarma; pero al terminar, muchos de ellos dieron tales muestras de duda, que ofendió su descortesía la susceptibilidad del alcaide.

—¿Qué ves en esto? amigo Castro, preguntó el rey á su privado.

—Dos cosas, señor, solamente. La primera y mas criminal es haber entregado á Calahorra su alcaide Fernan Sanchez de Tobar. La segunda es el miedo que han inspirado al buen D. Lope esos bandidos del Bastardo: y por tan engañoso prisma ha visto su hueste mayor que puede serlo á la verdad.

—D. Fernando de Castro, mis ojos no hacen crecer los enemigos, y en el corazon de los Padillas no ha entrado jamas el temor, porque están llenos con la lealtad que á su rey y señor profesan. El que dude de mis asertos, puede preparar un caballo y seguirme para que se desengañe. El alcaide se levantó dirigiéndose hácia la puerta: D. Pedro le mandó sentar.

—Repito, añadió D. Fernando de Castro, que solo la traicion de Tobar ha sido causa de que el conde haya penetrado en Calahorra.

—No tiene duda, dijo el rey: pero yo tengo en mi poder á Juan Fernandez de Tobar y me pagará por su hermano.

Un doncel entró á todo prisa, y anunció al rey, que dos ciudadanos de Briviesca pedian audiencia á su monarca, augurando eran portadores de interesantísimas nuevas. El rey mandó que se presentasen al punto.

Los dos ciudadanos entraron y se inclinaron con respeto ante el monarca de Castilla. Era el uno de ellos anciano, como de sesenta y cinco

años de edad: el otro, joven, bravo y apuesto: ma en los semblantes de los dos se descubría grande tristeza y embarazo.

—Muy bien venidos, dijo el rey. ¿Cómo queda la gente honrada de mi buena villa de Briviesca?

El anciano le respondió:

—Señor, de la peor manera posible; porque Beltran Güesclin, Enrique vuestro hermano, y todos los demás señores que forman su aguerrido ejército, nos han dado un asalto tan singular y tan terrible, que no se ha visto hasta nuestros días uno que pueda asemejarse, ni se verá en lo sucesivo. Han trepado por nuestros muros con la agilidad de la ardilla y la fiereza de los tigres: se han apoderado de la ciudad; han pasado á cuchillo á los infelices judíos, á los míseros sarracenos, y muchos de vuestros soldados han sañado con su sangre el camino que había seguido el formidable vencedor.

—Mentís infamemente, le respondió el rey iritado. No han podido tomar á Briviesca, como tú dices, por asalto. Habréis recibido oro y plata para entregarla á mi enemigo, á quien la habeis vendido cobardes, hombres sin honor y traidores. Yo cobraré en vuestras cabezas el oro que habeis recibido.

—Señor, dijo el mas joven de ellos, por la virgen María juramos, que ni os hemos hecho traición, ni recibido vil metal al grande precio de la honra. Por fuerza de armas, con cien atrevidos asaltos dados por el indomable Beltran Güesclin y por los suyos, ha sido tomada Briviesca, corriendo torrentes de sangre de sitiadores y sitiados. Ninguna ciudad, ninguna villa hubiera rechazado sus combates, y no teneis, señor, castillo que no tomen al improvisado, si se presentan ante él. Yo creo, señor, que estos enemigos han venido de los infiernos.

D. Pedro se levantó furioso, y dirigiéndose al noble joven le dijo con voz espantosa:

—Falso, traidor y mal nacido, tú has mentido como un bellaco; pero recibiréis el premio por la fineza que me habeis hecho. Yo os mandaré atar como á ladrones, y os haré ahorcar como á dos perros.

Después se acercó á Fernando de Castro y le dijo:

—Beltran Güesclin me va á perder: ha llegado de la Bretaña, y estoy seguro que va á cumplirse aquel pronóstico que dice: "Vendrá un águila de la Bretaña que ahuyentará á todas las otras, penetrará en los palomares y degollará los pichones." El diablo ha traído á este Beltran, que ayudando al Bastardo Enrique, le hará ponerse sobre mí. No sé lo que va á sucederme.

D. Pedro se alejó de Castro, llamó á sus ballesteros de maza Garci-Díaz y Fortun, y les dijo:

—Tú, Garci-Díaz, subirás al punto al castillo y harás degollar á Tobar. Tú, Fortun, conducirás á estos dos perros y los harás ahorcar también.

El anciano enjugó una lágrima: el joven alzó

la cabeza, y abriéndose las vestiduras manifestó al rey su pecho herido, y le dijo con voz solemne:

—He recibido, rey D. Pedro, estas heridas, que aquí veis, defendiendo vuestra corona en las murallas de Briviesca: han aligerado mi sangre vuestros furiosos enemigos, y tendré menos que entregar á los verdugos del monarca. Yo os perdono mi propio mal; pero la sangre de este anciano caiga, rey D. Pedro, gota á gota sobre vos y vuestra familia; porque este anciano es mi padre.

Acabó de decir y salió acompañado de su padre y de los ballesteros del rey.

Los dos ciudadanos de Briviesca fueron conducidos atados y completamente desnudos al cadalso, y ahorcados como malhechores. Garci hizo cortar en el castillo la cabeza de Juan Fernandez. El consejo discutía mucho y no sabía qué resolver.

Apenas ajusticiados los briviescanos, se presentaron al consejo un gran número de sus compatriotas, que corroboraron sus asertos, y proclamaron su inocencia. D. Pedro se hallaba corrido, y muchos de sus caballeros murmuraban de aquel rigor, tan sin razón y en tan mal tiempo por el monarca desplegado. Ya no quedaba duda al rey de las huestes de D. Enrique, y desanimado enteramente dejaba traslucir su inquietud, su irresolución y su miedo. Fernando de Castro le animaba, como esforzado caballero; mas las razones del valido se estrellaban contra la preocupación de D. Pedro, como las olas del mar se rompen contra las rocas de las playas.

Quiso el rey aumentar su consejo, y para ello mandó llamar á cuatro judíos, que particularmente estimaba, nombrados, Jacob, Judas, Abraham y Josué. Así que se hubieron presentado, les dirigió el rey la palabra diciéndoles:

—Señores, yo os tengo por hombres muy sabios: aconsejadme. El tiempo urge, y la necesidad apremia.

Josué, que era el mas ladino, le respondió:

—Señor, voy á deciros la verdad sin disfrazarla y toda entera. Según lo que yo veo y discuro, no estais aquí en seguridad. Burgos es ciudad poco fuerte y estaréis mejor en Toledo, cuyos muros son espesos y altos, el castillo poderoso y fuerte, y la guarnición numerosa. Mandad á los ciudadanos de Burgos, y á vuestro delegado en ella, que la defiendan y guarden bien, hasta vuestro regreso próximo. Decidles que queréis marchar á Toledo para calmar la disension que entre sus ciudadanos reina, y conseguir por este medio alejar de vos la tormenta, que desde Briviesca rebrama.

El rey D. Pedro no vaciló en seguir al pié de la letra toda la opinión del judío. Las observaciones de Castro, el parecer de algunos señores, fueron completamente inútiles y la marcha se decidió. Pero queriendo evitar el rey los ruegos y las justas quejas de los burgaleses, sus amigos y sus vasallos mas leales, recomendó el mayor secreto á los individuos del consejo, mandándoles que al día siguiente y por la mañana temprano

se presentasen á caballo en el palacio del monarca, para con el menor ruido posible, y antes que el pueblo lo notase, tomar la ruta de Toledo, adonde se proponía llegar con la mayor premura.

El consejo se disolvió, y cada cual fué á prepararse para la mañana siguiente.

CAPITULO X.

A la conquista partió,
Y dió á ella tan buen cabo,
Que hoy Granada es del Rey Chico,
Y Jaen de Don Fernando.

ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

AMANECIÓ el día veintiocho, y todos los habitantes de Burgos se agitaban muy de mañana, por haber sabido dos nuevas, alarmantes á la verdad, y que en grave aprieto los ponían. Era una de ellas la llegada del conde D. Enrique á Briviesca, de la que se había apoderado por fuerza de armas, haciendo prisionero á Men Rodríguez de Sanabria, que la defendió con valor, y la otra, la fuga que iba á verificar D. Pedro, abandonando la ciudad antes que llegase su enemigo.

Confirmaban estos rumores algunos preparativos hechos durante la noche anterior, que aunque ejecutados con cautela, no hubo la bastante para que quedasen ocultos.

Los primeros que vislumbraron el mal estado de las cosas lo noticiaron á sus amigos, pero con muchas precauciones y encargándoles el secreto. Menos tímidos los segundos, lo revelaron á mas personas, recomendándoles lo mismo: mas como la manera mejor de publicar cualquier noticia, es recomendar mucho sigilo, sucedió que á las pocas horas no había en Burgos quien lo ignorase, y se refería á grito herido en las plazas de la ciudad.

No agradaba á los burgaleses la proximidad de un ejército, que compuesto en su mayor parte de aventureros desarmados y de extranjeros codiciosos, (que de todos los mandamientos el que quebrantaban con mas frecuencia, y sobre todo con mas gusto, era el sétimo del Decálogo), era seguro pondrían mano en los bienes del prójimo según todas las apariencias. Decididos á defender sus haciendas y sus mujeres de tan peligrosos enemigos, se irritaban contra D. Pedro, que en la mas crítica situación iba á volverles las espaldas. Gritos, invectivas y maldiciones pronunciaban todos los labios contra el rey y los consejeros, que le aconsejaban tan mal. Crecían por instantes los grupos: arengaban los mas audaces, é iba á declararse el tumulto, cuando algunos burgaleses de cuenta, que no querían tener contacto con el verdugo de D. Pedro, propusieron ir al palacio y suplicar al rey se quedase para defender la ciudad. Fué bien recibida esta propuesta, y se encañinaron al palacio.

Al desembocar en su plaza, lo primero que descubrieron fué un escuadrón de moros granadi-

nos, que formaba ante el real palacio, con Faraz, su jefe, á la cabeza, y algunos principales señores que sobre poderosos caballos y vestidos de fino acero, se dirigieron desde sus posadas hácia la posada del rey. A la vista de estos aprestos, se repitieron los murmullos, las maldiciones y las quejas. Trabajo costó á sus prohombres ponerlas freno, y dirigiéndose al palacio fueron sorprendidos por el rey, que sobre un alazan fogoso y cubierto de todas armas, salió calada la visera y con un lanzon en la mano.

A su vista retrocedió el pueblo, y un silencio reverencial se sucedió á los largos murmullos. Los mas atrevidos instaban á los comisionados que llegasen, pero en voz baja y con secreto. El rey se levantó la visera, hizo ademán para que se acercasen, y les preguntó con dulzura:

—¿Qué quiere mi pueblo de Burgos?

—Señor, replicó un burgalés distinguido por sus riquezas; vuestra buena ciudad de Burgos está mirando con dolor que su monarca la abandona. Nosotros os pedimos, señor, como señalada merced, que cuando se acerque el enemigo no salgais de nuestro recinto, ni nos dejéis abandonados. Muchas y buenas compañías teneis, señor, en la ciudad, y tesoro muy abundante para poderlas mantener; y si dinero necesitais, todo cuanto Dios nos ha dado, lo pondremos en vuestras manos con mucho amor y voluntad. Como buenos, como leales, os suplicamos rendidamente, que permanezcais entre nosotros: nuestras haciendas y nuestras vidas están prontas: mandadnos, y obedeceremos. Mas tambien pedimos, señor, á los escribanos que están presentes, nos otorguen un testimonio del requerimiento que os hacemos, para que nuestros nietos vean adonde llega nuestra lealtad, y la ciudad conserve siempre un título mas de sus glorias.

—Yo agradezco, respondió el rey, la buena voluntad y razones que acabais de manifestarme. Yo sé bien que mi ciudad de Burgos hará todo lo que promete, porque conozco su lealtad; grande para mí, como lo ha sido para los reyes mis progenitores. Yo os agradezco, burgaleses, estas grandes muestras de amor, pero me es imposible detenerme. Los ciudadanos de Toledo me llaman para que apacigüe sus querellas, y estoy en el deber de ir allá. El ejército de D. Enrique, en vez de venir sobre Burgos, se dirige sobre Sevilla, porque tengo allí mis tesoros, y el tesoro mayor, mis hijos. Voy á defenderlos, burgaleses, y á reunir numeroso ejército para escarmentar al Bastardo.

—Señor, repuso el burgalés, no hagais caso de esas consejas con que poco fieles amigos os determinan á marchar. El conde se encuentra en Briviesca, á ocho leguas de Burgos, y su ánimo es venir aquí. Quedaos con nosotros, señor, y sea una misma nuestra suerte.

D. Pedro picó su caballo para proseguir su camino; mas el burgalés, animado con la magnitud de su empresa, le sujetó por ambas riendas, y prosiguió con voz enérgica:

—Señor, supuesto que estais enterado de la proximidad del conde y no le queréis esperar en esta vuestra ciudad de Burgos, teniendo en ella compañías muy aguerridas y muy buenas, ¿qué nos mandais, señor, que hagamos? ¿Cómo nos podremos defender?

—Yo os mando, burgaleses, que hagais lo mejor que os fuere posible.

—Señor, contestó el burgalés, nosotros querriamos tener la buena suerte de defender esta ciudad contra todos los enemigos que se levantan en Castilla: mas ¿en donde vos con tantas gentes y con tan buenas compañías no os atreveis á defenderos, qué queréis que hagamos nosotros? En peligro está nuestro honor; y por si, lo que Dios no quiera, nos vemos en tan grave aprieto, que nos sea imposible defendernos, ¿nos quitais, señor, una, dos, tres veces el homenaje que naturalmente os debemos por vuestra ciudad de Burgos?

—Yo os quito para ese caso el homenaje, por una, dos, tres veces, dijo el rey.

—Escribanos que estais presentes, dijo el burgalés, dadnos testimonios al punto, en buenos instrumentos firmados y signados segun uso, de cuanto acaba de pasar.

Los escribanos se dispusieron para escribir los instrumentos, y el rey D. Pedro mandó á sus gentes que se pudiesen en camino. Ya habia cruzado el rey la plaza, cuando sudado y sin aliento se presentó Ruy Perez de Mena, recaudador mayor del obispado y alcaide del castillo de Burgos.

—Señor, dijo Perez al rey, he sabido con gran sorpresa que al aproximarse el enemigo abandonais esta ciudad. Decidme, señor, por merced, qué debo hacer con el castillo, pues no tengo fuerzas bastantes para mantenerlo y guardarlo.

—¿Qué has de hacer? le replicó el rey con una voz ronca y airada. ¿Qué has de hacer me preguntas, Perez? Defenderlo mientras respire, defenderlo mientras haya una piedra en que te puedas ocultar.

—Señor, dijo Perez humildemente, no tengo fuerzas ni poder para defender el castillo, cuando abandonais la ciudad.

El rey picó con furia á su caballo, y atropellando al pobre alcaide, prosiguió su marcha, interrumpida ya dos veces.

Acompañaban al rey D. Pedro, D. Martin Lopez, Maestre de Alcántara, D. Inigo Lopez de Horozco, D. Alfonso Fernandez de Montemayor, Fernando de Castro y otros caballeros de cuenta, aunque la mayor parte de ellos se quedaba en Burgos, resentidos del rey D. Pedro que habia mermado sus familias. Tambien acompañaban al monarca los cincuenta moros granadinos que se hallaban ante el palacio, y los ballesteros mas fieles, entre los cuales se veian Garcí Diaz y Pedro Fortun.

Muchos ciudadanos de Burgos seguian el cortejo del rey con la tristeza en los semblantes, y la indignacion en las almas. Veian con enojo la conducta de un monarca á quien habian servido

lealmente, y daban muestras de dolor; pues nada siente tanto un pueblo como la ingratitud de su príncipe. Traslucian los mas previsores todas las desgracias de un asedio, y sus ánimos se apartaban del rey D. Pedro de Castilla, trocándose la antigua afición en desapego y hasta en odio. Tampoco iba el rey satisfecho, pues veia desmembrarse sus estados, y pronta á cumplirse quizás la prediccion del sacerdote. Recordaba el tristísimo sueño que habia tenido dos noches antes, y se le erizaban los cabellos con aquellas palabras fatídicas. Esta disposicion de los ánimos daba á la salida del rey la solemnidad de un entierro.

Próximo á salir de la ciudad, levantó D. Pedro la cabeza, y vió en un balcón de madera á una mujer hermosa y pálida con negro vestido de luto. Creyó conocerla D. Pedro, y deteniendo su caballo, se quedó con los ojos fijos en el semblante de la dama. Esta le contempló tambien, y moviendo sus labios marchitos le dijo:

—Huye, D. Pedro, de tu hermano. La primera vez que se toque tu cabeza con la de D. Enrique, te traspasará la corona. La primera vez que su pecho se junte con el tuyo, te herirá sobre el corazon. Huye, D. Pedro, de tu hermano.

—¿Eres la venganza de Dios! exclamó D. Pedro aterrado y aplicando al bruto el acicate.

—No, respondió la huérfana con voz hueca, no: soy la sombra del rey D. Pedro.

CAPITULO XI.

El sol con negro capuz
De vapores no destella,
Busquemos, pues, otra estrella
Que nos dé radiante luz.
JAIME TÍO.

SALIÓ el rey don Pedro de Burgos y se dispersó la muchedumbre, poco satisfecha y cabizbaja. La mayor parte de los burgaleses se fueron á empezar sus faenas, y solamente los mas ricos y mas influyentes por tanto, se hicieron cargo de ordenar lo que al pro comunal cumplía. En el primer momento de alarma hicieron coronar los muros por las compañías veteranas, que les habia dejado el rey: cerraron las puertas, levantaron los puentes y se aprestaron á resistir. Mas sucedió que á las pocas horas algunas de las compañías abandonaron sus cuarteles y se salieron de la ciudad para reunirse con el conde.

Esta defeccion, y la inconstancia de todo corazon humano, hicieron que los encargados en el gobierno de la ciudad, pensasen con mas detenimiento todas las consecuencias de un asedio, y sobre todo los graves daños que estaban espuestos á sufrir en sus haciendas y personas. Conferenciaron entre sí, y dedujeron convocar á todos los vecinos de Burgos, para que, de comun acuerdo, y despues de amplia discusion, se resolviese lo que á la ciudad convenia. Fijos en este pensamiento se encaminaron á la catedral, y tocaron á toda prisa la campana de los vecinos.

No se hicieron esperar estos, y muy en breve fueron reunidos un gran número de cristianos, de mahometanos y judíos. Faltaba empezar la session, cuando un ciudadano de Burgos, subiéndose sobre un escaño, dijo:

—Antes de comenzar, señores, conviene que vayan algunos al palacio de nuestro obispo á suplicarle se nos reúna. Nuestro obispo es un piadosísimo varon de gran corazon y buen consejo. Marchemos, pues, por nuestro obispo.

Un grito general acogió la propuesta del burgalés, y con gran pompa y algazara fueron al alojamiento del prelado. El obispo condescendió con los deseos de sus feligreses, y fué llevado en triunfo, y aclamado con entusiasmo.

Así que estuvieron reunidos, habló el prelado en estos términos:

—Señores, nos hemos juntado en este sitio para discurrir algun medio de conducirnos sabiamente. Vosotros veis el grave aprieto en que á la sazón nos hallamos. El rey D. Pedro nos ha dejado por temor de sufrir un sitio. Reflexionad, ciudadanos de Burgos.

El obispo cruzó los brazos, y todos guardaron silencio. Mas un burgalés atrevido, y mas que atrevido locuaz, llamó la atencion del auditorio, y le dijo resueltamente:

—Señores, nos hallamos en mal estado, porque nos reunimos aquí gentes de tres leyes distintas, y de distintas condiciones. Esto no debe agrandar á nadie. ¿No sería mejor que los judíos y los mahometanos lo mismo, tomasen su consejo aparte? Y despues que hayan discutido, podrán decirnos en verdad lo que consideren mejor.

Todos aprobaron el arbitrio, y se dividieron en tres secciones, en las que emitió cada uno su parecer con libertad.

El obispo de Burgos, que se quedó con los cristianos, les hizo jurar por Jesucristo y por los santos evangelios, que mantendrian secreto cuanto en tal asamblea se dijese. Los cristianos así lo ofrecieron, y despues de haberles tomado el juramento convenido, dijo:

—Señores, me parece, segun mi conciencia y mi razon, que el rey D. Pedro de Castilla no es digno en alguna manera de gobernar mas estos reinos. Digo, señores, que no es digno, porque es incrédulo: porque ha estado fuera del gremio de la Santa Iglesia por un largo espacio de tiempo: porque tiene la misma religion que un perro: porque ha mandado quitar vidas sin preceder enjuiciamiento; ha talado comarcas enteras sin causa, y ha hecho asesinar á Doña Blanca, su legítima, su única esposa. ¿No nos estaría mucho mejor un caballero buen cristiano, que mantuviese y gobernase bien el reino é hiciese ejecutar bien las leyes, que obedecer á ese malvado de malas costumbres y vida? Bien sabeis que el conde D. Enrique se acerca. El fué hijo de una gran señora, y engendrado por un buen rey que la tenia dados espousales, y á quien estuvo unida siempre. Nosotros sabemos muy bien, que verificado el matrimonio, no hay poder alguno en la tierra que

sea bastante á destruirlo. Don Enrique es noble y valiente; si acordamos el recibirle, le haremos jurar por tres veces, que nos gobernará en justicia y con arreglo al uso antiguo, como lo hicieron nuestros reyes, durante el gobierno de los cuales fué Castilla grande y fué libre, mientras hoy se encuentra esclavizada. Dé cada cual su parecer, porque yo tengo dicho el mio.

Todos aplaudieron á la vez el discurso de su prelado: todos encontraban encanto en la novedad que proponia; y aquellos burgaleses leales, que habian hecho alarde momentos antes de su fidelidad á D. Pedro, acordaron sin contradiccion coronar por rey á D. Enrique, tan luego como les jurase guardar sus fueros, y sus privilegios conservarles.

Despues que hubieron los cristianos tomado su acuerdo, llamaron á los mahometanos, y el obispo les preguntó por qué arbitrio se decidian. Entonces un musulman muy entendido, muy agudo, muy elocuente, se adelantó á sus compañeros é inclinándose ante el prelado, dijo:

—Nuestra opinion es muy sencilla, y no la tendremos callada. Nosotros queremos hacer en un todo vuestra voluntad y vuestro mandato como muy servidores vuestros. Disponed y os ayudaremos con nuestra hacienda y nuestros brazos.

Este discurso lisonjero fué perfectamente acogido por los cristianos burgaleses, y los discípulos de Jesus jamás se habian mostrado tan avenidos y satisfechos de los sectarios del profeta. El obispo respondió al moro:

—Habeis hablado bien. Nosotros estamos por el conde y por el noble Beltran Gúesclin.

—Me parece muy buen partido, santo pastor, repuso el moro humildemente.

Tocaba hablar á los judíos, y el encargado de responder, que era viejo grave y muy ladino, dijo con una voz solemne:

—Señores: no os manifestaremos nuestra opinion, si primeramente no nos prometéis y jurais por vuestra ley y vuestro honor, que si nos acomodate marcharnos de esta buena ciudad de Burgos, nos dejaréis partir á nuestro gusto y con todos nuestros caudales, para ir á habitar en Portugal ó en Aragon, como mas nos plazca ó convenga. Si esto prometéis y jurais, os diré nuestro parecer.

Los cristianos les prometieron y formalmente les juraron hacer todo cuanto podian. Entonces añadió el judío:

—Nosotros decimos, y estamos de acuerdo con vosotros, que no vale nada aquel hombre que huella con desden su ley, y por lo tanto un buen cristiano no debe hollar nunca la suya. Si un judío no pensase en esto conforme piensan los cristianos, no le daríamos el menor crédito. Nada mas podemos decir. Ya quedais instruidos, señores.

Esta respuesta sibilitica fué escuchada con atencion y recibida con agrado. Los cristianos vieron en ella una acusacion contra D. Pedro, á quien consideraban ya como á su mayor enemigo. D. Enrique fué proclamado en todas partes, y

todo el vecindario de Burgos manifestó el mismo entusiasmo que si volviese el Cid Ruy Diaz de la conquista de Valencia.

Pasado el primer arrebató, pensaron los mas entendidos en escribir corteses cartas á su nuevo rey D. Enrique. Esta resolucio de los burgaleses dió motivo á serios debates. Se tropezó primeramente con el tratamiento que debia dársele, y no dejaron de estar discordes los pareceres en un punto muy trascendental y muy grave. Opinaban los mas entusiastas, y la gente moza sobre todo, que se le apellidase rey: decian los mas cautos y los viejos, que no se considerase como á tal hasta que jurase gobernar con arreglo al antiguo uso. Esta opinion prevaleció, y se convino por lo tanto darle su título de conde, y ofrecerle para despues que prestase su juramento el de rey de Castilla y Leon. Tratose en seguida de quién y cómo habian de redactarse las cartas: ofrecióse á hacerlo un escribano que conocia bien su ejercicio, y empezó en el nombre de Dios; fórmula que parecia maravillosa á los honrados burgaleses para encabezar sus testamentos, pero que no creyeron á propósito para comenzar aquellas cartas.

En el nombre de Dios fracasó la epístola del escribano burgalés, y salió un médico á la palestra, que se la disputaba á ladino al escribano mas travieso. Comenzó el doctor su tarea; pero como estaba acostumbrado al estilo de sus recetas, tomó un tono tan imperioso y al mismo tiempo tan conciso, que á los tres renglones y medio lo mandaron á tomar pulsos y á recetar hipecacuana.

Mucho tiempo hubieran gastado en pruebas y en mas pruebas, si no se le hubiera ocurrido á un sacristan, que la persona mas á propósito para redactar documentos tan perentorios é importantes era el obispo de la diócesis. Se recurrió pues, al prelado, y no tuvieron que arrepentirse; pues en un blanco pergamino y con una letra muy clara trazó el documento mejor hablado que nos queda de aquellos tiempos. Las epístolas de San Pablo, el evangelio de San Lucas, las decretales de San Isidoro y las leyes del Fuero Juzgo, se intercalaron tan sabiamente y fueron colocadas con tal arte, que parecian hechas de molde para el lugar en que se hallaban. Lo mas patético de San Agustín, lo mas profundo de San Gerónimo, lo mas enérgico de San Bernardo, lo mas recóndito de las crónicas y lo mas fabuloso y romancesco de las antiguas tradiciones; todo, todo vino á atestiguar de consuno la grande erudicion del prelado y su facilidad en el decir.

Todos los burgaleses que oyeron la sentida y erudita carta, se quedaron con la boca abierta, y felicitaron al obispo que tan bien habia sabido interpretar sus sentimientos y manifestar sus deseos.

Para una carta tan evangélica era indispensable buscar evangélicos embajadores que la llevaran á su destino, y pudieran hacer de palabra los comentarios oportunos y las aclaraciones precisas en tan importante documento. Se trató de buscar conductores, y el escribano y el doctor con

el sacristan por apéndice, se brindaron para el viaje, ofreciendo cumplir fielmente, y sobre todo con destreza, una comision tan perentoria y notablemente delicada. Fueron copiosas sus razones, pero no causaron efecto. El obispo se habia hecho cargo de dirigir todo el negocio, y tenia en su mente personas mas adecuadas y capaces.

Las instancias de los candidatos fueron cansando al auditorio, quien las acogió con murmullos y las contestó con epigramas. Decian unos al escribano, que solo pretendia el viaje para añadir alguna pluma á sus deseñonadas alas, con la que lograria volar con mas rapidez y mas alto. Decian otros al médico, que demostraba tanto fan, porque de refrendador de pasaportes para el otro mundo que era entre las personas vulgares, queria ennoblecer el oficio dándolos á gente de mas cuenta, y hasta á los infantes y reyes. En cuanto al sacristan, convinieron todos que pretendia un canonicato, y desde entonces se quedó con el apodo de "el canónigo."

Hemos manifestado que el obispo se habia reservado la eleccion de tan importante embajada. No quiso revelar á nadie los nombres de los elegidos; pero vieron los concurrentes que habia comunicado órdenes á un diácono que de secretario le servia, y que se habia marchado éste con grande premura y contento.

No se hizo esperar el diácono, quien se presentó conduciendo á dos muy reverendos padres, alto y descarnado el uno de ellos, con semblante adusto y penitente, mientras el otro, gordo y pequeño, tenia una cara de pascua, capaz de quitar toda pena. En una palabra, dos frailes que parecian hechos de encargo, el uno para presidir los entierros, y el otro para echar bendiciones en todas las bodas posibles.

—Señores, dijo el buen obispo al ver entrar los regulares, aquí teneis los enviados que deben representar á Burgos cerca del conde D. Enrique. ¡Merecen vuestra aprobacion!

Todos respondieron que sí, menos el sacristan, el escribano y el doctor, que atrevidamente sostuvieron iban á proporcionar los reverendos la fundacion de algun convento que aumentase los de su órden, y algunas mitras que vacasen para engrandecer sus cabezas. Estas quejas de maldicientes, apenas fueron escuchadas, y un apendicillo de sastre que se les encontraba próximo, les impuso eterno silencio, mientras una vieja gangosa y bastante tildada de bruja, murmuraba entre sus mandíbulas: "Quizá todos tienen razon."

Convenidos en que los dos padres habian de llevar á D. Enrique la carta en que los burgaleses lo llamaban á su ciudad, tomó el obispo la palabra, y trazó á los muy reverendos la conducta que debian seguir en tan delicada mision. Atentos escucharon ambos las advertencias del obispo, aunque redundantes y escusadas, pues desde los monges de la Tebaida hasta los tiempos que alcanzamos, no ha habido ningun fraile tonto. Todos son sutiles como Scoto, eruditos como Mas-

deu y Flores, críticos como el buen Feijó, y enérgicos como Cisneros. Yo me he preguntado muchas veces la esplicacion de este fenómeno, y opino que solo consiste en que un fraile no muere nunca. Miembro de una sociedad eterna que ha de engalanarse con su gloria, encuentra en ella protectores, comentadores y panegiristas. En los claustros de los conventos se miran unas estampitas que representan todos los padres que se han distinguido en algun modo. Al pié de unas se lee: el santo; al pié de las otras, el beato, el escritor, el fundador. Allí son estatuas de bronce levantadas á su memoria, y allí en sus libros de becerro hay unas crónicas eternas que confirman las tradiciones y que no morirán jamas.

Muere un individuo cualquiera, y si es jóven, gasta su viuda los mas preciosos manuscritos en ensortijarse el cabello; si es anciano, tal vez los queman para desocupar un armario. Muere un regular, sus papeles, sus manuscritos y sus libros se examinan con grande esmero, y si merecen publicarse, está seguro de tener en tiempo oportuno editores.

Yo no rebajo en lo mas mínimo la gloria que se han adquirido, particularmente en la edad media, guardando en sus ocultas celdas los monumentos del saber, que sin sus asiduos cuidados hubieran perecido sin remedio bajo el polvo de la ignorancia. Yo veo entre nuestros historiadores al padre Mariana, al padre Flores y á Masdeu; yo veo á Fray Luis entre los poetas y entre los mejores prosistas; yo veo á Fray Gabriel Tellez entre los escritores dramáticos; yo pudiera citar otros muchos; mas dejemos la digresion, y volvamos á nuestro asunto.

Así que terminó el prelado, dió la sentida carta á los padres, y estos se pusieron en marcha. No permitian las circunstancias ir en el caballo de nuestro padre San Francisco, y cabalgaron los buenos padres sobre dos poderosas mulas que los condujeron á Briviesca.

CAPITULO XII.

Allí mil y otros mil aventureros
Cual nube de langostas se derraman,
Y con la espada y el incendio dejan
Huellas de sangre y fuego en la comarca.
Del castillo feudal el alto muro,
Y del pastor la rustica cabaña,
Como torrente despeñado incendian,
Como torrente despeñado arrasan.
A.

TAN importante papel hicieron las compañías de aventureros por Beltran Gúesclin comandadas en las guerras del rey D. Pedro y de su hermano D. Enrique, que no puedo resistirme al deseo el dedicar algunas páginas á referir por qué vinieron, con algunos pormenores curiosos que me suministra un historiador del capitán Beltran Gúesclin.

Despues que fué arrojado D. Enrique de las provincias de Castilla y hasta del reino de Aragon, y que tuvo que buscar en Francia un asilo

contra la persecucion de su hermano y la amistad mentida y cautelosa del aragonés y del navarro, llegó á la corte del rey Carlos la triste nueva de la muerte de su parienta Doña Blanca, reina de Castilla y de Leon. Las circunstancias agravantes que concurrieron á esta muerte, exageradas si se quiere por los cronistas de aquel tiempo, debian ser acogidas por el rey y reina de Francia, á quienes causaron gran pena, así como al noble duque de Borbon y á todos los poderosos deudos de la malograda Doña Blanca.

La conducta del rey D. Pedro fué terriblemente censurada por los caballeros franceses, y geminaba en todos el deseo de tomar sangrienta venganza en el matador de la reina.

Habia á la sazón en las Galias una multitud de aventureros, que habian combatido en pro ó en contra del inglés, y gran compañía se llamaban. Componiase esta de soldados de muchas naciones, acostumbrados al pillaje, al asesinato y la violencia. En el seno de una paz profunda eran los mas temibles enemigos de aquellos pueblos, que en la guerra habian defendido con su sangre; llegando sus desordenes á tal punto, que el rey de Francia creyó indispensable reunir inmediatamente su consejo, para tomar algunas medidas que restableciesen el órden en el interior de su reino. Los mas prudentes del consejo observaron juiciosamente, que no era posible acudir al estrépito de las armas contra capitanes resueltos, muy numerosos y aguerridos, opinando se les inclinase á pasar á España, por cuyo medio se satisficarian las pretensiones del rey de Aragon y del conde de Trastamara, y se vengaba al mismo tiempo la cruda muerte dada á la reina Doña Blanca, deuda muy cercana del rey.

Beltran Gúesclin que estaba presente, y que ejercia muy grande influjo sobre aquellos aventureros, ofreció al rey sacarlos del reino, bien fuese conduciéndoles á España, bien á la isla de Chipre para dar ayuda á su rey.

Beltran Gúesclin envió un heraldo á los capitanes de la compañía, pidiéndoles un salvoconducto para presentarse en sus cuarteles. El heraldo les encontró alojados en Chalon, y fué presentado á los jefes, que á la sazón estaban comiendo. Se dirigió á Hugo de Carbolay, Mateo de Cournay, Nicolás Seamboure, Roberto Scot, Gualtero Huet y Juan de Ebreus, á quien hizo su mensaje. Todos respondieron que se holgaban de él, y Carbolay particularmente; siendo el primero que otorgó el salvoconducto del pedido.

Vuelto el heraldo á Beltran Gúesclin, no vació éste un solo instante en irse á visitar con los valientes caballeros. Apenas llegado á Chalon, salió á recibirle Carbolay, bizarro capitán inglés, y le apellidó con los nombres de su compañero y su amigo.

Beltran le miró fijamente, y le respondió con voz firme:

—Solo puedo considerar como á mi amigo al que esté dispuesto á complacerme.

—Juro á Dios, le replicó Hugo, que te seguiré.

por todas partes, y guerrearé contra todo el mundo, excepto el príncipe de Gales, porque es mi natural señor. Esto te respondo por mí, y por todos mis compañeros.

Güesclin quedó muy satisfecho con la respuesta del inglés, y juntos fueron á reunirse con todos los demas capitanes. Muy bien recibido fué Beltran: hicieron traer del mejor vino, y llenando una copa Gualtero Huet, la presentó al noble breton, instándole á que la bebiese. Se escusó Güesclin cortesmente, diciendo á Huet con galantería, que en muy buena mano se hallaba. Todos los capitanes protestaron que no probarian de aquel vino si no habia antes el breton. Beltran bebió por complacerlos, y despues les dijo:

—Señores, voy á referiros por qué me envía entre vosotros el rey, y si queréis prestarme crédito, á todos os haré muy ricos. Yo tengo muy grandes deseos de ir á Chipre, á prestar apoyo á su rey, ó contra los sarracenos de Granada. Si queréis seguirme, el conde de la Marcha, Oliverio Mauny, sus hermanos y otros muy nobles caballeros, que quieren pelear contra infieles para que se salven sus almas, vendrán con nosotros: el rey nos dará doscientos mil florines, y el Papa entera remision de nuestras culpas y pecados, con algunos florines tambien de su particular tesoro. Despues pasaremos á España, contra Don Pedro de Castilla, que ha hecho morir á su noble esposa, y con el tesoro del cual medraremos cumplidamente. Mucho mejor es que así obremos para conseguir la salvacion, que darnos al diablo neciamente; porque hemos hecho muchos males y cometido muchas culpas, como cada cual puede ver, si de las suyas lleva cuenta.

—Beltran Güesclin, repuso Hugo de Carbolay, así Dios me salve, como mis compañeros y yo estamos prontos á seguir tu buen parecer; y así lo prometemos todos en el caso que el rey de Francia, á quien no odiamos en manera alguna, no tenga guerra con el dicho príncipe de Gales, de quien soy vasallo, y á quien serviré con lealtad.

Beltran respondió á Carbolay, que se hallaba de acuerdo en un todo, y rogó al inglés preguntase á sus compañeros de armas si tenían la misma opinion. Hugo habló á los capitanes bretones, ingleses, navarros y á sus gentes. Unos acogieron gustosos la propuesta de Carbolay, y otros la oyeron con disgusto. Habia en aquella reunion de hombres muchos ladrones y asesinos, que sin la menor compasion robaban, incendiaban y mataban á los hombres, á las mujeres, á los ancianos y á los niños, y dudaban si les convendria atravesar los Pirineos, para buscar nuevo teatro á sus rapiñas y violencias. Les parecía el clima de Francia dulce y delicioso, encontraban en él buenas viandas y buenos vinos, y no querian dejar lo cierto por unas promesas pomposas, pero que podian no realizarse.

A pesar de estos disidentes, logró Beltran que se acomodasen los principales capitanes, y en número de veinticinco le comprometieron sus palabras. Güesclin les dijo que él los llamaria en

tiempo oportuno para presentarlos al rey, de quien serian bien recibidos, sin que temiesen traicion alguna, pues el rey de Francia, su señor, no las pensaba, y Beltran Güesclin no las hacia.

Los capitanes respondieron, que fiaban mucho de Beltran, teniendo en mas su sola palabra que la de todos los preladados residentes en Avignon y en las demas ciudades de Francia.

Beltran les pidió que le entregasen las plazas fuertes y castillos que ocupaban en todo el reino, y los capitanes otorgaron. Satisfecho con tan buen éxito, se volvió Güesclin á Paris, y manifestó al rey de Francia cuanto en su servicio habia tratado. El rey se holgó muchísimo de ello, y mandó que los capitanes de mas renombre viniesen á Paris en secreto para no producir alarma. Vinieron como el rey mandaba, y fueron acogidos en el Temple con grande amor y cortesía, regalándoles como á aventureros, y festejándoles como á príncipes. En una cena suntuosa se reunieron los jefes de las compañías con el conde de la Marcha, el buen mariscal Daudrehem, Guillermo Boitel y otros caballeros franceses que juraron combatir juntos bajo la conducta de Beltran.

Terminado este gran festin, caminaron juntos á Chalon, en donde Beltran tomó el mando y poco despues el camino hácia la ciudad de Avignon.

La proximidad de estas gentes puso en alarma al Santo Padre y los vecinos de su corte. Para conjurar la tormenta les envió un sabio cardenal, encargado de preguntarles qué buscaban por aquel canton, y de amenazarles al mismo tiempo con una escomunion terrible si se mostraban enemigos.

Llegado el cardenal al campamento, con mucho temor y gran duda, pidió hablar al jefe de las tropas, anunciándose como legado del padre comun de los fieles. Mientras fueron á llamar á Güesclin se acercó un inglés al cardenal, y despues de felicitarle con grandes muestras de respeto, le preguntó si les traia muy grande cantidad de plata. Esta pregunta reveló al buen cardenal los deseos de aquella gente belicosa, y le turbó completamente.

Llegaron al punto Beltran Güesclin, Ernoldo de Daudrehem, mariscal de Francia, Hugo de Carbolay, y otra multitud de señores, que se inclinaron devotamente ante el legado del Pontífice; pero tan codiciosos todos ellos, que hubieran robado de buena gana los vestidos del cardenal.

Despues que hubo el legado del Papa hecho relacion de su mensaje, tomó la palabra el mariscal, que ademas de ser entendido era tan alto personaje, que tenia en custodia la oriflama, y le dijo aquestas razones:

—Señor, ved aquí unas gentes reunidas, que han hecho en el reino de Francia mas desafueros y mas daños que vos os podeis figurar. Ahora están prontas á marchar contra los impíos sarracenos, y nosotros queremos llevarlas á Chipre, cuyo rey se halla en grave aprieto, segun hemos podido entender, ó contra los moros de Granada.

Todos suplicamos al Santo Padre, vicario de Dios en la tierra, que nos perdone nuestras culpas, y nos dé doscientos mil florines para emprender nuestro viaje.

La sangre del cardenal se heló á la peticion del frances; pero sacando fuerzas de flaqueza dijo:

—Señor, pedís mucho dinero. En cuanto á la absolucion respondo que la acordará el Santo Padre; pero no puedo hacer lo mismo en cuanto á la plata pedida.

—Señor, replicó Beltran sonriendo: es preciso tomar en cuenta todo lo que el mariscal demanda, porque hay muchas gentes aquí que no piden la absolucion, pero que codician el dinero. Nosotros queremos hacerles hombres de bien á su pesar y llevarles á remotos climas para que no causen ningun daño á los cristianos de este suelo. Cuando tengan mucho dinero olvidarán sus malas mañas y se harán los hombres mas honrados que haya en las tres partes del mundo. Decid, cardenal, al Santo Padre, que si no apronta esos florines, no conseguiremos jamas llevarnos estas malas gentes.

El cardenal prometió ir á noticiarlo al Santo Padre, y traer una pronta respuesta.

—Apresuraos, le dijo Beltran. Mientras mas tardeis, mas grande será vuestro mal, porque marchamos á Villanueva.

El cardenal suplicó á Beltran que no consintiese de ningun modo hiciesen daño al país. Beltran respondió que no podia prometer nada; pero que pondría de su parte para que no sufriesen talas ni otros desórdenes de bulto.

Los habitantes de Avignon esperaban al cardenal con una ansiedad indecible: habian hecho cerrar las puertas y coronaban la muralla. Apareció por fin el legado y le cercaron mil curiosos: mas él respondió solamente: "Habrà paz con facilidad, si tenemos muchos florines."

Llegado ante el Papa el legado, le dijo que la compañía demandaba su absolucion. El Santo Padre la acordó. Pero como el cardenal añadiese que pedian doscientos mil florines, el Papa se admiró muchísimo, y exclamó:

—¿Cuándo ha sido uso que por absolver á las gentes hagamos tan gran desembolso! Los grandes príncipes han hecho para conseguir su perdón, grandes dones en plata y oro; mas....

El cardenal rogó al Santo Padre que midiese las circunstancias, y su Santidad mas tranquilo convocó á los vecinos ricos; estos repartieron una contribucion sobre todos, segun permitian las fortunas y se reunieron cien mil florines, suma que habian convenido en recibir Beltran Güesclin y los demas. Mientras se juntaba el dinero, vió el Pontífice desde su palacio á los forrajeadores de la hueste conducir á sus reales bueyes y vacas, carneros y corderos, gallinas y pollas, vino y trigo, con todo lo demas que caia entre sus codiciosas manos, hasta tal punto que exclamó el Santo Padre: "¡Oh, Dios mio! estas gentes obran cada

día de mal en peor, y se afanan completamente para que se los lleve el diablo."

El consejo del Papa reunió la suma convenida: inmediatamente fué el tesorero á Villanueva, el cual dijo á Beltran:

—Señor, ya teneis reunida la plata, y la absolucion está escrita.

Empero Güesclin que sabia la manera con que habian reunido el dinero, le preguntó:

—Decidme, hermano, y no pretendais engañarme, ¿de dónde procede esta plata? ¿La ha sacado nuestro Santo Padre de su particular tesoro?

El tesorero respondió, que los vecinos de Avignon la habian aprontado, contribuyendo cada uno en proporcion de sus riquezas. Entonces le dijo Beltran:

—Tesorero, yo os prometo solemnemente que no pasaremos adelante en lo que nos queda de vida, si no paga este dinero el Papa y su rico clero de Avignon. Nosotros queremos que estos florines recogidos al vecindario en general, le sean religiosamente devueltos, sin que pierdan un solo cornado. Y decid al Papa, tesorero, que lo haga devolver al instante, pues si lo contrario sucede, tendrá que acordarse de mí.

Güesclin fué pagado del tesoro del Papa, y la absolucion confirmada.

El ejército levantó sus reales, y llegó á la ciudad de Tolosa en la que se hallaba el duque de Anjou, quien los recibió con agasajo, haciendo dones á los primeros capitanes. Aquí llegaron embajadores del rey de Aragon y del conde de Trastámara, que les hacian grandes ofertas y les rogaban con empeño, vinieran en su auxilio contra D. Pedro de Castilla. El duque de Anjou unió su ruego al del monarca aragonés, y dijo á Beltran que si le amaba fuese á ayudar á D. Enrique contra D. Pedro, quien no creia en la ley cristiana, y que habia asesinado á su esposa. Beltran le prometió hacerlo así; y dando aviso al rey de Aragon se dirigió hácia Barcelona en donde le esperaba el monarca.

Así que supo D. Enrique la llegada de Beltran Güesclin y de la Blanca Compañía salió á recibirles presuroso, dando á Beltran cumplidas pruebas de su gratitud y su afecto. Tambien llegaron á la hueste cuatro caballeros enviados por el monarca de Aragon, quienes invitaron á los capitanes á que pasasen á Barcelona, en donde el rey les esperaba. Muy bien recibidos fueron Beltran y los demas nobles capitanes por el rey Don Pedro de Aragon, el cual al acabarse un gran banquete, con el que habia querido festejarles, les dijo:

—Nobles y poderosos señores, vosotros habeis venido á España para combatir contra moros: mas por el Dios Omnipotente que crió los cielos y la tierra, que no podeis hacer nada mejor que esterminar al rey de Castilla, perpétuo aliado de los infieles y mi encarnizado enemigo. D. Pedro de Castilla es desleal, incrédulo, amigo de judíos y moros: hizo asesinar á su esposa, que era una dama de gran mérito, y desterró á su hermano